

Capítulo 12

DIOS ES OMNIPOTENTE.

Padre celestial, te hemos oído decir: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.” Con todo, a menos que tú nos capacites por la sobreabundante grandeza de tu poder. ¿cómo podremos nosotros, que somos débiles y pecadores por naturaleza, caminar por un camino de perfección? Concédenos aprender a conocer la obra del gran poder que obraste en Cristo cuando tú lo levantaste de entre los muertos y lo sentaste a tu propia derecha en los lugares celestiales. Amén.

En el momento en que tuvo su visión. Juan el Revelador oyó algo que parecía el sonido de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como el retumbar de muchos truenos que resonaran por todo el universo; y lo que esa voz proclamaba era la soberanía y la omnipotencia de Dios: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!”

La soberanía y la omnipotencia tienen que ir juntas. La una no puede existir sin la otra. Para reinar, Dios debe tener poder, y para reinar soberanamente, debe tener todo el poder. Eso es precisamente lo que significa la palabra omnipotente: que tiene todo poder. La palabra es de origen latino, y es idéntica en significado a la más familiar todopoderoso, formada por vocablos castellanos. Esta última palabra aparece veintisiete veces en la versión Reina-Valera, generalmente en forma de título. Y nunca se usa para referirse a otro que no sea Dios. Sólo Él es el Todopoderoso.

Dios posee lo que ninguna criatura puede poseer: una inabarcable plenitud de poder; una potencia que es absoluta. Sabemos esto por revelación divina, pero una vez sabido, lo reconocemos como algo que está totalmente de acuerdo con la razón. Concedamos que Dios es infinito y que tiene existencia en sí mismo, y de inmediato veremos que también tiene que ser todopoderoso, y la razón se arrodillará para adorar ante la omnipotencia divina.

“De Dios es el poder”, dice el salmista, y el apóstol Pablo declara que la naturaleza misma da evidencias del poder eterno del Ser divino (Romanos 1:20). A partir de ese conocimiento, razonamos de esta forma con respecto a la omnipotencia de Dios: Dios tiene poder. Puesto que Dios es también infinito, todo lo que Él tenga debe carecer de límites; por tanto, Dios tiene un poder ilimitado. Es omnipotente. Vemos además que Dios, el Creador autoexistente, es la fuente de todo el poder que existe, y puesto que una fuente debe ser al menos igual a todo cuanto emana de ella, por fuerza, Dios es igual a todo el poder que existe, y esto equivale nuevamente a decir que Él es omnipotente.

*Bendito sea Dios el
Señor, el Dios de
Israel, el único que
hace obras
portentosas.
Bendito sea por
siempre su glorioso
nombre; ¡que toda
la tierra se llene de
su gloria!
Amén y amén.
Salmo 72.18-19*

Dios ha delegado el poder en sus criaturas, pero al ser suficiente en sí mismo, no puede renunciar a nada en sus perfecciones, y siendo el poder una de ellas, nunca ha renunciado al más ínfimo ápice de su poder. Lo da, pero sin desprenderse de él. Y todo lo que Él da, sigue siendo suyo y regresa a Él de nuevo. Él debe permanecer para siempre lo que siempre ha sido: el Señor Dios omnipotente. No es posible leer por largo tiempo las Escrituras sin observar la radical disparidad entre la manera de ver las cosas que tenían los hombres de la Biblia, y la del hombre moderno.

Hoy día estamos sufriendo de una mentalidad secularizada. Donde los escritores sagrados veían a Dios, nosotros vemos las leyes de la naturaleza. Su mundo estaba plenamente poblado; el nuestro está casi vacío. Su mundo era vivo y personal; el nuestro es impersonal y muerto. Dios gobernaba su mundo; el nuestro es gobernado por las leyes de la naturaleza y nosotros siempre permanecemos alejados de la presencia de Dios.

*Dios el Señor ha
ascendido
entre gritos de alegría y
toques de trompeta.
Canten salmos a Dios,
cántenle salmos;
canten, cántenle salmos a
nuestro rey.
Dios es el rey de toda la
tierra;
por eso, cántenle un
salmo solemne.
Salmo 47.5-7*

¿Y cuáles son estas leyes de la naturaleza que han desplazado a Dios en la mente de millones? La ley tiene dos significados. Uno es el de una norma externa que la autoridad obliga a cumplir, como la norma corriente contra el robo y el asalto.

También se usa esta palabra para hablar de la manera uniforme en que actúan las cosas en el universo, pero este segundo uso de la palabra es erróneo. Lo que vemos en la naturaleza no es otra cosa que los senderos que toman el poder y la sabiduría de Dios a través de la creación. Propiamente dichos, se trata de fenómenos, no de leyes, pero los llamamos leyes por analogía con las leyes arbitrarias de la sociedad.

La ciencia observa la forma en que opera el poder de Dios, descubre una pauta constante en algún lugar, y la fija como “ley”. La uniformidad de las actividades de Dios en su creación le permite al científico predecir el curso de los fenómenos naturales. El hecho de que la conducta de Dios en este mundo sea digna de confianza, es el fundamento de toda verdad científica. Sobre ella apoya el científico su fe, y a partir de ese punto, procede a lograr cosas grandes y útiles en campos como la navegación, la química, la agricultura y las artes médicas.

En cambio, la religión, por su parte, regresa de la naturaleza a Dios. No le interesan las huellas de Dios en los senderos de la creación, sino Aquél que anda por esos senderos. El interés primordial de la religión es Aquél que es la fuente de todas las cosas; el amo de todos los fenómenos. A Él, la filosofía le aplica diversos nombres, el más horrendo de cuantos yo haya visto es el proporcionado por Rudolf Otto: “La tensión activa nunca en descanso, gigante y absoluta del mundo.” Al cristiano le deleita recordar que esta “tensión del mundo” dijo una vez “yo soy”, y que el más grande de todos los maestros les indicó a sus

discípulos que se dirigiesen a Él como a un ser personal: “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.”

Los hombres de la Biblia mantenían en todas partes su comunión con el “absoluto gigantesco” en un lenguaje tan personal como lo permite el habla humana, y con Él tanto el profeta como el santo caminaron en un arrebatamiento de consagración cálido, íntimo y profundamente satisfactorio. La omnipotencia no es un nombre que le damos a la suma de todo el poder, sino un atributo de un Dios personal del que creemos los cristianos que es Padre de nuestro Señor Jesucristo y de todos los que creen en Él para vida eterna. El adorador encuentra en este conocimiento una fuente maravillosa de fuerza para su vida interior. Su fe se levanta para dar el gran salto al frente y entrar en comunión con Aquél que puede hacer cuanto decide hacer; para quien nada es duro ni difícil, porque posee el poder absoluto.

Puesto que tiene bajo sus órdenes a todo el poder del universo, el Señor Dios omnipotente puede hacer cualquier cosa con la facilidad más absoluta. Todos sus actos son realizados sin esfuerzo alguno. Él no tiene un gasto de energía que tenga que recuperar después. Su autosuficiencia hace innecesario que busque fuera de sí mismo la renovación de su fortaleza. Todo el poder necesario para hacer cuanto Él decide hacer se encuentra en una plenitud imposible de disminuir dentro de su propio ser infinito.

El pastor presbiteriano A. B. Simpson, al aproximarse a su mediana edad, con la salud quebrantada, profundamente abatido y listo para dejar el ministerio, acertó a escuchar el sencillo himno espiritual afroamericano que dice:

*“Nada es demasiado duro para Jesús;
ningún hombre puede trabajar como Él.”*

Su mensaje se le clavó como una flecha en el corazón, llevando fe, esperanza y vida a su cuerpo y a su alma. Buscó un lugar de retiro, y después de una temporada a solas con Dios, se levantó sobre sus pies, totalmente curado, y siguió adelante con plenitud de gozo, para fundar una organización que con el tiempo se ha convertido en una de las mayores sociedades de misiones en el extranjero del mundo.

Durante treinta y cinco años después de ese encuentro con Dios, trabajó prodigiosamente al servicio de Cristo. Su fe en el Dios del poder ilimitado le dio toda la fortaleza que necesitaba para seguir adelante.

*Todopoderoso, me inclino en el polvo ante ti,
como se inclinan velados los querubines.
En calmada y tranquila consagración te adoro,
Totalmente sabio y siempre presente Amigo.
Tú le has dado a la tierra su manto esmeralda
o la has cubierto con una cortina de nieve,
y el sol resplandeciente, y la suave luna en el cielo,
se inclinan ante tu presencia.*

Sir John Bowring